

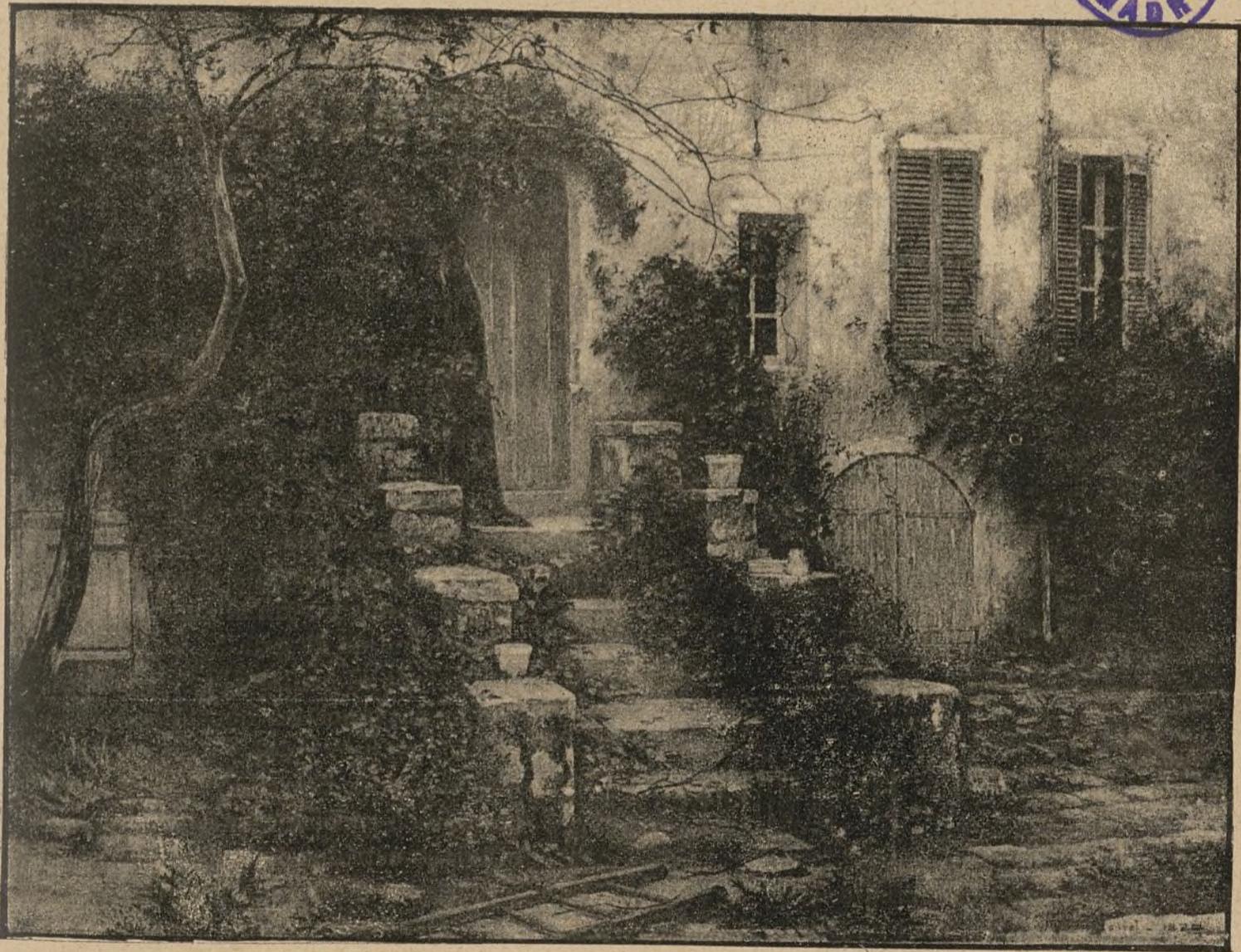
La Gran Vía
Revista Semanal Ilustrada

AÑO III

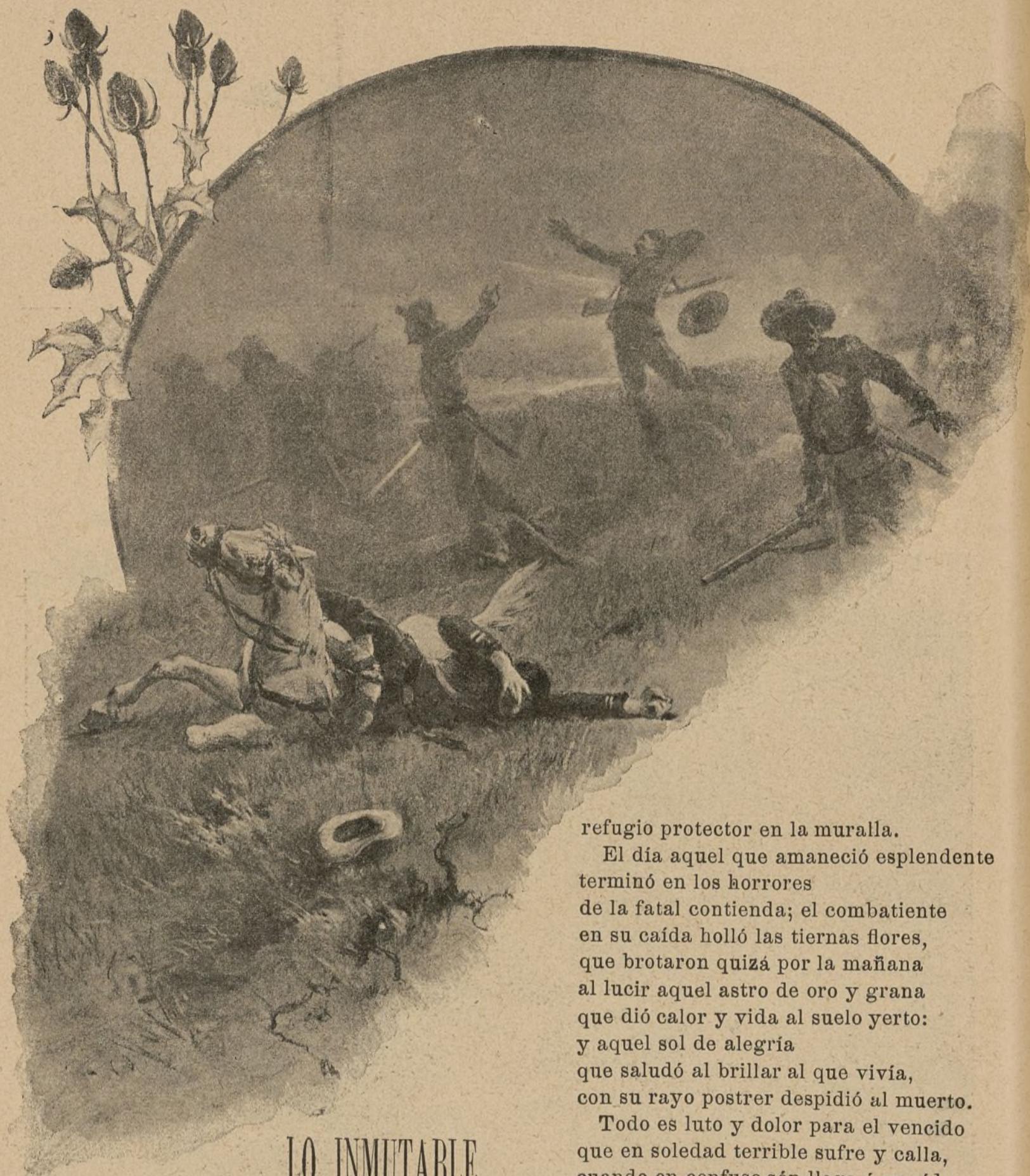
Madrid 23 de Octubre de 1895.

Núm. 121.

NOTA ARTÍSTICA



LA CASA ABANDONADA



LO INMUTABLE

Ya vuelven del combate:
como al herir cruel el acicate
aumenta el bruto la veloz carrera,
así los hombres de pavor henchidos
corren despavoridos
sin encontrar á su ímpetu barrera;
y buscan al huir de la metralla

refugio protector en la muralla.

El día aquel que amaneció esplendente
terminó en los horrores
de la fatal contienda; el combatiente
en su caída holló las tiernas flores,
que brotaron quizá por la mañana
al lucir aquel astro de oro y grana
que dió calor y vida al suelo yerto:
y aquel sol de alegría
que saludó al brillar al que vivía,
con su rayo postrer despidió al muerto.

Todo es luto y dolor para el vencido
que en soledad terrible sufre y calla,
cuando en confuso són llega á su oído
el lejano estridor de la batalla;
y en tanto el vencedor, ¡hurra! gritando,
por fin se va alejando
del campo de la lucha. La campana
de la vecina torre toca á gloria,
y sin saberlo á muerto. ¡Así es la humana
y fugaz ilusión de la victoria!

*
* *

La brisa que ya orea
la sangre derramada en la pelea
y que refresca al campeón rendido,
lleva á perderse en el espacio inmenso
la nota, el alarido,
los ayes de dolor y el humo denso.
Absurdo triste, de la triste vida,
es la lucha homicida,
lucha bastarda al fin de todos modos.

.....
Los que murieron en la horrible guerra
son enterrados en la madre tierra,

madre amorosa que cobija á todos.

Aquí la alegre nota, allí el gemido,
allá el triste silencio, aquí la orgía.

¡Al lado del vencido
del vencedor la gloria y la alegría!

.....
Pero á pesar de todo, el desconcierto
que cambia en fases mil el pobre suelo,
tiene algo de invariable: ¡el triste duelo
de la madre que llora por el muerto!

RICARDO VINUESA.

(Ilustraciones de Santiago Regidor.)



Soneto amoroso.

Hoy pasas por mi lado, indiferente
y olvidada de mí. ¡Yo no te olvido!
Aún suenan tus palabras en mi oído,]
y aún leo tus tristezas en tu frente.

Los años pasarán, y eternamente,
de aquellas dichas que por tí he sentido,
de aquel amor que para siempre ha huído.
guardaré los recuerdos dulcemente.

Los años correrán, y con profundo
placer, anciana tú, yo triste y viejo,
aun temblaré de amor cuando te vea.

Los años volarán, y en otro mundo,
al sentir de tu espíritu el reflejo,
mi ser animará la misma idea.

Luis RUIZ Y CONTRERAS,

Contra un doctor materialista.

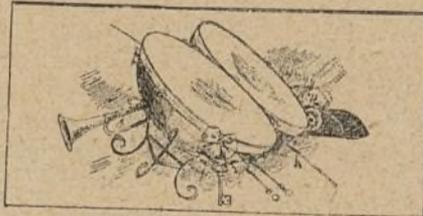
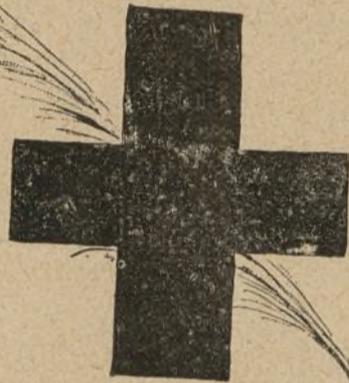
Yo tengo un perro: si mi amor es triste,
alega y me halaga y á mis pies se tiende;
mas juega y brinca y mi alegría entiende
si gozosa expresión mi faz reviste,

Como nocturno centinela asiste
en mi tranquilo hogar y lo defiende;
y si de alguno el ademán me ofende,
ládrale ronco y con furor le embiste.

En diferente voz me advierte ó llama;
y si es preciso, por mi bien se inmola
este perro, este amigo que me ama.

Doctor, os hago una pregunta sola:
Si espíritu no tiene que le inflama,
¿me quiere con el lomo ó con la cola?

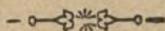
NARCISO CAMPILLO,



Corrida orgauizada por la Cruz Roja, à beneficio de los Sanatorios.

Correspondiendo al generoso desprendimiento de los diestros *Guerrita, Lagartijillo, Fuentes y Bombita*, que han toreado gratuitamente en esta corrida, publicamos sus retratos.

EL PARNASILLO



A reunión literaria del cuarto de Romea, coexistía con la que de muy antiguo se celebraba, sin pompa ni aparato, en el reducido salón del café del Príncipe: no es posible fijar la época en que empezaron á concurrir á aquél sitio las gentes de letras; pero no es aventurado creer que desde los primitivos tiempos del corral de la Pacheca, los días de función, y especialmente los de estreno, andarían por aquellos alrededores los aficionados al arte, que se refugiarían en lugar más cómodo, tan pronto como lo hubo, cerca del teatro. Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el *Parnasillo*, como se llamaba el café del Príncipe, antecedió al Liceo y al Ateneo de esta corte, y fué quizá el vínculo que unió las antiguas academias á estos modernos institutos, sobreviviendo al primero de ellos; los que últimamente concurrimos á él vemos con pena que haya desaparecido, porque allí se formaron amistades que jamás se olvidan, y porque algunos gozaron en aquel lugar el inenarrable placer de sus primeros triunfos. Las tradiciones literarias tuvieron allí un templo, y la tertulia del café del Príncipe se renovaron con los que, guiados por sus aficiones, iban formando la serie de nuestros poetas y literatos, á lo menos durante los dos primeros tercios del presente siglo. Rubí puede considerarse como lazo de unión entre los antiguos y los nuevos; sus éxitos en el teatro le hicieron hacerse muy joven con Bretón, con García Gutiérrez y con Hartzzenbusch, concurrentes asiduos al café del Príncipe, donde vió llegar y obtener puesto considerable, años después de ocupar el suyo, á Valladares, á Florentino Sanz y á Ayala, para no hablar sino de autores dramáticos que ya no viven.

Pero juntamente con éstos, otros que no han alcanzado en la escena tan alto renombre como los autores de *Don Francisco de Quevedo* y de *El tejado de vidrio*, formaban parte de aquel cenáculo, y han ilustrado la poesía y las letras españolas con obras de distinto género, que contribuirán, digan lo que quieran algunos malhumorados críticos, á que en la historia literaria española alcance el siglo que termina un lugar muy superior á los que le han precedido, y sólo comparable al XVII, que es en mi sentir, no obstante la decadencia de nuestro poderío, el momento en que llegó el arte español, en todas sus manifestaciones, á su más perfecta y admirable expresión, no solo con la obra inmortal de Cervantes, sino con Velázquez y Murillo, con Lope de Vega y Calderón de la Barca.

A aquella exuberancia de vida—que para no incurrir en la nota de *laudator temporis acti* no diré que ha seguido, como suele acontecer, período de marasmo—se debe que de los concurrentes á la tertulia del café del Príncipe, salieran personajes que ocuparon, y que todavía ocupan, las primeras posiciones de nuestra patria, y sería por cierto interesante y curioso una noticia de los oradores políticos, de los periodistas, de los ministros y altos funcionarios que empezaron su vida pública asistiendo á las reuniones del *Parnasillo*, y haciendo en ellas gala de su ingenio.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.



—¡Nadie! ¡Y para esto me he quedado en Biarritz hasta ahora?



—Me sigue un ruso.
¡Se salvó la patria!



—Madrid es un paraíso. Me pondrás coche, ¿verdad?



Capitán municipal; Juez de paz; Directorcillo; Teniente.— Puerto de Boac, pueblo de la isla de Marinduque.— Paseo (embarcación filipina) amarrado al pantalán (muelle) de Santa Cruz de Napo.— 1. Gobernadorcillo; 2. Juez de paz; 3. Directorcillo.— 4. Individuos del Tercio de policía.— Una vista de la isla Marinduque (Mindoro).— Familia indígena bien acomodada

Ayuntamiento de Madrid

LA ALABANZA



ERO ¡qué pícara condición la nuestra!

Censuramos la alabanza, vituperamos al adulador, y sin embargo, á todos nos gusta que nos den una mano de barniz de cuando en cuando.

Y es preciso que seamos francos: la alabanza es una cosa sabrosísima, agradable, conveniente, útil.

¡Cuántas voluntades ha unido un elogio á tiempo!

No hay sino considerar que el 90 por 100 de los matrimonios han tenido su origen en una alabanza, en un «¡qué bonita eres!» y ya ve usted, ¡se casan también las feasts!

¿Quiere usted ganarse la voluntad de una chica? ¡Echela usted un piropo!

¿Quiere usted hacerse amigo de un hombre? ¡Alabanza en él!

¡Aunque no sea verdad, aunque no haya motivo para ello! Después de todo ¿qué más da?

Y crea usted que sin la alabanza no se puede vivir.

Sobre todo para ciertas personas, para ciertos caracteres es la alabanza tan necesaria á la vida como el alimento.

Yo no sé lo que tiene, que cuando uno la recibe parece así como que le recorre el cuerpo un grato placer, una corriente de felicidad sólo comparable con la que se experimenta cuando á uno le ascienden, ó cuando le toca el premio gordo, ó cuando está en víspera de casarse...

Y es que para hacer las cosas en este mundo se necesita algo que impulse, algo que aliente. ¿Y qué aliciente más eficaz, más grato y más económico al propio tiempo encontrarán ustedes?

El que vive de su ingenio, el que gobierna pueblos, el que trabaja en un taller, todos, todos deben una gran parte de su progreso personal á la alabanza.

Porque uno no puede ser pies de sí propio, y siempre necesita otro que le diga: «eso está bien hecho», «vale usted mucho», «sea enhorabuena.»

Y que es cosa superior la alabanza, lo prueba lo mucho que se ha extendido su uso, lo mucho que se ha popularizado. ¿Quién de ustedes será tan desgraciado que no tenga por lo menos una docenita de personas que de cuando en cuando le echen sus piropos?

Aquí se han fundado periódicos exclusivamente para alabar. ¿Necesitaré citarlos?

Pues á buen seguro que no se acostarán ustedes ninguna noche sin haber leído cien noticias de esas en que es protagonista un celoso funcionario que nunca va á la oficina, un distinguido escritor á quien nadie conoce, ó un inspirado artista que compra la inspiración hecha.

Nosotros los periodistas hemos andado muy cuerdos en rebuscar para el público adjetivos halagüeños, de esos que cuando uno los ve impresos se regocija, porque dice: «yo soy público, luego soy ilustrado, escogido, inteligente, etc., etc.»

¿Y cómo corresponde el público á estas finezas nuestras? Con mayor fineza si cabe.

Entren ustedes en un teatro en noche de estreno y verán aplaudir y llamar á escena al autor de una obra que no merece tal alabanza, puesto que á los dos días desaparece del cartel.

De lo útil de la alabanza pueden ustedes convencerse con mirar á la sociedad, al alabado y al alabador (que hay oficio de eso; si, señores míos).

El que recibe las alabanzas anda satisfecho y cuellierguido, el que las prodiga anda gordo, tiene un duro en el bolsillo y alcanza cuanto pretende.

¿He dicho también que la alabanza era económica? Pues he dicho bien. ¡A mí por tres cafés y tres cigarrillos de estanco, me elogiaron una vez todas mis obras pasadas y me predijeron mucho bien de las futuras.

Y aún puede hacerse eso con más economía.

Tengo varios amigos que para no gastarse un cuarto en alabanzas se elogian ellos á sí mismos.

Y ¡vaya usted á decirlos que la propia alabanza envilece!

MANUEL MATOSES

LOS TRES ENCUENTROS

I

Un niño de tersa frente
y la Muerte carcomida,
en la senda de la vida
y en el borde de una fuente,
por su bien ó por su mal,
una mañana se hallaron
y sedientos se inclinaron
sobre el líquido cristal.
Se inclinaron, y en la esfera
cristalina vióse al punto
de un niño el rostro muy junto
á una seca calavera.
La Muerte dijo: «¡Qué hermoso!»
«¡Qué horrible!» el niño pensó:
bebió á prisa y se escapó
por el bosque presuroso.

II

Pasó el tiempo, y cierto día,
ya el sol en toda su altura,
en la misma fuente pura
bebieron en compañía,
por su bien ó por daño,
la Muerte y un hombre fuerte:
la de siempre era la Muerte;
el hombre, el niño de antaño.
Como vióse de los dos
la imagen en el cristal
con la luz matutinal
que manda á los mundos Dios,
la del hombre áspera tez
y la imagen hosca y fiera
de su helada compañera,
se pintaron esta vez.
Bajo el agua limpia y fría
sus reflejos observaron:
como entonces se miraron,
se miraron todavía.
Ella dijo no sé qué,
señalando hacia el espejo.
El murmuró: «¡Pobre viejo!»
bebió despacio y se fué.

III

Cae la tarde; el sol anega
en pardas nubes su luz:
envuelta en negro capuz
medrosa la noche llega.
Dos sombras van á la fuente:
las dos beben á portía,
y aún no sacia el agua fría
sed atrasada y ardiente.
Se miran y no se ven;
pero, pronto, por fortuna,
subirá al cielo la luna
y podrán mirarse bien.
Al fin su luz transparente
el espacio iluminó,
y en espejo convirtió
los cristales de la fuente.
Y eran las sombras ideales,
bajo el agua sumergidas,
de tal modo parecidas,
que al partir las sombras reales
de sus destinos en pos,
ó por darse mala maña,
ó por confusión extraña,
cada sombra de las dos
tomó en el líquido espejo
lo primero que encontróse,
y, sin notario, llevóse
de la otra sombra el reflejo.

JOSÉ ECHEGARAY.



EL CAZADOR PRIMITIVO

(Composición y dibujo de R. Romero de Torres.)



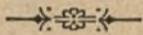
ALEGORÍA DEL OTOÑO (de G. de Federico).

ANTE UNA...

—¡Bendita seas! Así
toda la vida me estaba.
¡Con qué impaciencia esperaba
encontrarme frente á tí!
¡Qué rica eres! ¿Yo ser dueño
de tanta y tanta ventura?
¡Hasta dudo en mi locura
si esto es realidad ó sueño!
¡Yo, junto al río sentado,
gozando tanta alegría
y tú, riquísima mía,
¡Junto á mí!.. ¡Qué afortunado
seré, si logro mi intento,
de que en tan bello lugar,
no venga nadie á turbar
la calma de este momento!
¡Tu hermosura me provoca
desde que tu aspecto ví!
¡Ya te acerco más!.. ¡Así!
¡Ya te aproximo á la boca!..

.....
Lo que acabais de leer,
de un río junto á la orilla,
se lo dije á una tortilla,
que á solas me comí ayer.

JOSÉ RODAO

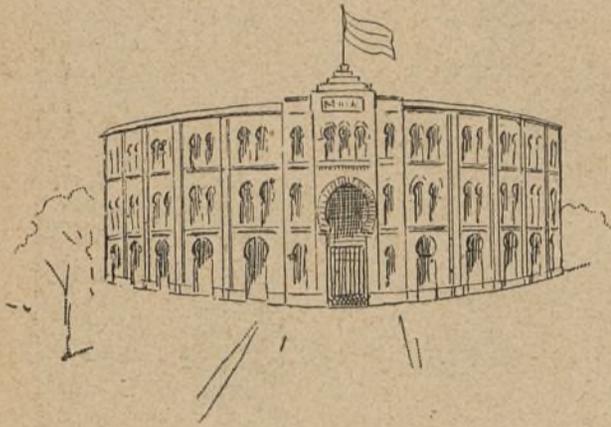


EN LA FERIA.—(Composición y dibujo de T. Andreu.)



APUNTE DE GRANADA (de T. Martín.)

MITOLOGÍA MODERNA, por Williams.



El Olimpo.



Júpiter.



Venus.



Neptuno.



Marte.



Baco.



Apolo.



Mercurio.



Diana.